



ENTREVISTA A

Mary Nash

INMACULADA BLASCO

Barcelona, Estación de Sants, 5 de agosto de 2019

Fotografías: Inmaculada Blasco y Mary Nash

Acudo a la estación para entrevistar a Mary Nash, quien ha interrumpido con gran generosidad sus vacaciones para conceder esta entrevista a la revista *Filanderas*. Compartir tres horas con ella no ha sido más que un aperitivo de lo que esta pionera de la Historia de las mujeres en España podría enseñarnos. Mary Nash fue una de las primeras historiadoras que, en un contexto ciertamente adverso para ello, afirmó y mostró que las mujeres también habían sido protagonistas del pasado. Además de impulsar el proceso de institucionalización académica de este ámbito de investigación histórica, acercó a las historiadoras españolas los debates historiográficos feministas (como muestra, el libro coordinado con James S. Amelang, *Género e Historia* (1990), en el que se tradujeron artículos señeros de historiadoras de referencia en el área, como Joan W. Scott, Natalie Z. Davis y Temma Kaplan entre otras), y abrió líneas de investigación centrales en la historia de las mujeres y género para la España contemporánea: mujeres y anarquismo, mujeres y movimiento obrero, feminismo histórico, las mujeres en la Guerra Civil, mujeres, colonialismo y postcolonialidad, mujeres, género y Transición a la democracia. En la actualidad catedrática emérita de Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona, el merecido reconocimiento por su extensa y significativa labor investigadora no ha tardado en llegar con su nombramiento como doctora *honoris causa* por la Universidad de Granada y por la Universidad Rovira i Virgili (Tarragona) y la publicación del libro *Mujeres, dones, mulleres, emakumeak. Estudios sobre la Historia de*



Mary Nash redactando la tesis doctoral en su máquina Olivetti, c. 1974.

las mujeres y del género, editado por Teresa M.^a Ortega López, Ana Aguado Higón y Elena Hernández Sandoica (Cátedra, 2019), resultado del homenaje que se le rindió en la Universidad de Granada en 2017.

96 Lo que puedo ofrecer es tan solo un fragmento del diálogo que mantuvimos, en el que hablamos, entre otras cosas, de nuestros alumnos y alumnas, de feminismo actual, de lo individual y lo colectivo, de la memoria y desmemoria del feminismo. Y acabamos elogiando el último libro de Siri Hustvedt, de la cual ambas nos descubrimos como admiradoras de su finura, sutileza y sensibilidad. Cuando transcribí la entrevista, mi mente se empeñaba en practicar la irrefrenable operación de extraer el sentido de este relato, una especie de mensaje profundo en él o de lectura entre líneas. En las palabras de la profesora Nash había apertura, heterodoxia y dinamismo, además de mucha pasión por la historia y de una profunda conciencia de la memoria del feminismo, de la necesidad de pensar históricamente como un eje de la ciudadanía activa.

Naciste en Limerick (Irlanda) en 1947. ¿Qué te atrajo de España y de Cataluña y cómo recuerdas el contexto que encontraste entonces, el de los últimos años del franquismo con las movilizaciones contra la dictadura como telón de fondo?

Había estudiado en la Universidad de Cork, en el sur de Irlanda, la carrera de Historia y Francés, Literatura y Lengua francesa. Tengo la impresión de que en una

Irlanda que, pese a ser una democracia, era casi nacionalcatólica y donde el lugar de las mujeres era casarse, callarse y tener hijos, se me envió a la universidad, como a la mayoría de las chicas de la época, para encontrar un buen novio y casarme. A mí me interesaba la Historia, pero no tenía claro lo que quería hacer una vez licenciada. Encontré un anuncio en el departamento de Francés sobre un Instituto de Estudios europeos en Turín e hice la solicitud para una beca de posgrado allí, lo que me cambió absolutamente la vida. Mi ruta hubiera sido Irlanda, Gran Bretaña o los Estados Unidos, pero, en cambio, me encontré con Italia, el Mediterráneo y acabé en Barcelona, algo muy atípico para una chica irlandesa de mi generación.

El proyecto en Turín, donde tuve maestros como Albert Soboul y Witold Kula, se basaba en la idea de que jóvenes de la Guerra Fría, estudiantes de países como Francia, Irlanda, España y la URSS y su órbita, viviesen juntos para poder establecer relaciones de convivencia y paz. Después de aquello, me vine a Barcelona. Quería ver mundo, ir más a la aventura, no quería volver a esa vida preasignada para mí. Empecé a dar clases de inglés para ganarme la vida, pero no me convalidaron mis estudios, así que empecé otra vez como estudiante en la Universidad de Barcelona. Fue una experiencia magnífica: aprendía castellano en el aula, en el contexto final del franquismo, con el movimiento estudiantil a tope, la universidad cerrada, los grises, la policía y esa sensación de que podíamos cambiar el mundo.

Como ya llevaba cierto bagaje como historiadora, opté por hacer trabajo de archivo, para estudiar aspectos sobre la Guerra Civil y la Segunda República, ya que había leído a Gabriel Jackson, Hugh Thomas y Noam Chomsky sobre el anarquismo, en inglés todo ello porque no se habían traducido. Iba mucho al Archivo Municipal, a la Casa de l'Ardiaca, donde ya me iban conociendo como joven investigadora. Gracias a Montse Condomines (siempre digo que habría que hacer un monumento a las archiveras y bibliotecarias), que había guardado en un lugar secreto del archivo, en el «Infierno», la documentación sobre ese periodo, encontré la de Mujeres Libres, la organización anarquista. Hice uno de mis trabajos sobre ello, mientras que el otro lo realicé sobre las revueltas de 1835, donde también estaban las obreras del textil en Barcelona. El Dr. Emili Giralt me dio matrícula de honor en ambos, pero quiso que hiciera la tesis sobre las revueltas de 1835, obviamente.

Yo, que había leído a Simone de Beauvoir, a Betty Friedan y a alguna novelista irlandesa en cuyas obras veía reflejadas mis inquietudes, y que tenía la intuición de que faltaba algo en esa historia que nos estaban contando, que había una negación total de cualquier contribución de las mujeres a la historia (también por parte de los historiadores progresistas de la época), comprendí que estas mujeres habían sido no solo olvidadas, sino denigradas. Así que le dije al Dr. Giralt que ni hablar, que yo quería hacer la tesis sobre esas mujeres estupendas y fuertes que había encontrado, y, finalmente, le convencí. Primero hice la tesina y luego la tesis, que presenté en 1977, sobre las mujeres en la izquierda durante la Segunda República y la Guerra Civil.

Cuando explicaba la investigación, se reían de mí. Era joven, *minifaldera*, con poca credibilidad, y me dijeron en varias ocasiones que lo había inventado, que era imposible que existiera una organización de ese tipo. Esto tiene que ver con la amnesia histórica del franquismo, pero, aún más, con la actitud de los historiadores progresistas (marxistas de su época), para quienes las mujeres no tenían ninguna impor-

tancia y, por lo tanto, no podían haberse organizado, creado políticas públicas al respecto ni luchado por sus derechos. Era toda una discusión frente al mundo cerrado androcéntrico que no admitía a las mujeres como sujeto histórico. Eso también me llevó a querer compartir esta información, por lo que propuse crear una asignatura de Historia de las mujeres, que empezó a hacerse en 1974, todavía bajo el franquismo. En aquel momento no existía ni el nombre de Historia de las mujeres; creo recordar que la denominé Feminismos, Mujeres y algo más. Se burlaban de mí, claro. Sin embargo, Giralt, un hombre liberal, que no entendía nada pero que dejaba hacer, me dijo años después: «Ahora empiezo a entender lo que usted hacía, por mis hijas».

¿Y no pudiste apoyarte o establecer relaciones con los incipientes grupos feministas?

En 1976, antes de las Jornadas Catalanas de la Mujer, organicé mesas redondas para hablar sobre mujeres con mis estudiantes, cada dos semanas en el Paraninfo durante el último semestre. ¡Hablar sobre mujeres en público! En un momento en el que lo importante era ganar a Franco y en el que cualquier asunto relacionado con las mujeres era considerado un impedimento a la lucha de clases y a la revolución social. Esta era la actitud de aquellos progresistas. Invité a gente que conocía, a través de contactos personales, porque yo formaba parte de uno de esos grupos que se reunían en las casas para hablar de temas que nos preocupaban (después los llamaríamos «de autoconciencia») y que fueron absolutamente decisivos al crear una conciencia feminista. Era el momento de convertir lo personal en lo político. Lo cierto es que fue una experiencia extraordinaria: mi primer libro, *Mujeres Libres: España 1936-1939* (Tusquets, 1975), al que tengo mucho cariño, se convirtió en un pequeño *best-seller* de la época, porque el movimiento feminista, que entonces estaba creciendo, encontró en él una genealogía de mujeres. Así, el mito de la ausencia total de mujeres en la Segunda República, y en general en la historia, se venía abajo.

**¿Cómo fue tu integración en Cataluña?
¿Crees que proceder de un país como Irlanda te ha influido? ¿Y en tu mirada analítica?**

De entrada, yo me casé con un catalán aún bajo el franquismo, así que, según la legislación española, tenía que adaptar mi nacionalidad a la del marido y, debido a la irlandesa, perdí la originaria. Así fue como me convertí en española en el año 1970, lo que también me facilitó poder seguir mi carrera académica en Historia (a diferencia de otras extranjeras ubicadas aquí, que normalmente seguían el camino de la Filología Inglesa), convertirme en funcionaria y acabar siendo catedrática, que, como extranjera, no podía haberlo hecho en su momento.

A la vez, yo siempre he tenido facilidad para las lenguas. Me era muy fácil pasar del francés al catalán, al italiano y al castellano, acostumbrada como estaba al bilingüismo, al haber realizado los estudios en gaélico y no en inglés. Además, yo tenía ganas de aprender catalán, lo hice de manera autodidacta. Recuerdo que, cuando se empezaba a reclamar el derecho de hablar catalán bajo el franquismo, me tomaban a mí como ejemplo de originaria de un país en el que se podían hablar otras lenguas.

Otra cuestión es haber sido siempre consciente de que Irlanda fue colonia inglesa, de manera que la idea de la otredad, la alteridad, el colonialismo, el poscolonialismo, la diversidad cultural, y todo ello en relación con el género, eran temas cuya conexión resurgió en la década de los noventa ya que estaban, de alguna manera, en mis raíces culturales. También es cierto que había más empatía hacia mí por el hecho de ser irlandesa y no inglesa: me sentía muy acogida en los setenta, como estudiante, muy guiri, muy forastera; me conocían como la *minifaldera* de Barcelona.

Por otro lado, mi mirada fue distinta hacia cuestiones como la jerarquía. Irlanda era un país muy jerárquico, nosotros como estudiantes aún vestíamos toga. Pero mi relación con el Dr. Giralt era, en cambio, de «bueno, hablemos y negociemos», algo que me parecía muy normal entonces. En España, los códigos eran muchísimo más rígidos y quizás esta mirada des-

de fuera me dio una percepción, una convicción, que facilitó ciertas cosas. Aunque parte de mi historia fue un intento de integración tan grande que tuve que repensarme otra vez. Siempre cito a mi querido Edward Said: yo vine como *outsider*, quise ser *insider* y acabé *in-between*, porque, te guste o no te guste, la gente te ubica con esta mirada de alteridad. Aunque eso también ha sido muy beneficioso en mi vida.

Fuiste una de las impulsoras, en las décadas de los setenta y los ochenta, de la Historia de las mujeres en la universidad española y participaste activamente en su institucionalización a través de la creación del Centro de Investigación Histórica de la Mujer (CIHM) en 1982, del impulso de la revista Arenal, que en 2013 cumplió 25 años, y de la Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres (1991). ¿Cómo recuerdas y valoras este proceso?

Una historiadora puede trabajar sola, dar una asignatura optativa de Historia de las mujeres, pero yo tenía muy claro que había que crear organismos, asociaciones, redes (académicas en este caso) para facilitar la labor de conocimiento, difusión y reconocimiento. Quizás porque durante los primeros años fue un trabajo muy solitario y rechazado, cuya viabilidad y credibilidad eran cuestionadas, por lo que tenía claro que se tenían que crear sistemas para trabajar de manera colectiva y darlo a conocer.

La primera iniciativa fue la creación del CIHM, dentro del Centre d'Estudis Històrics Internacionals (CEHI). Se lo planteé al Dr. Giralt y lo estuvimos discutiendo durante largo tiempo, hasta que me dio el visto bueno para crear una sección con nuestros despachos. Lo que hice fue intentar reunir, dentro de la órbita de la Universidad de Barcelona y cercanías, a las pocas personas que se dedicaban a la Historia de las mujeres. Siempre he tenido una visión liberal, es decir, abierta a la incorporación de maneras de trabajar diferentes de la mía, porque creo que es desde iniciativas plurales y diversas como avanzamos. Estaba centrado en la Historia, pero con cierta apertura disciplinaria,

aspecto este que he ido desarrollando, sobre todo, a nivel teórico y en los equipos de investigación que he llevado *a posteriori*. Todos los trabajos que se hacían se daban a conocer, además, a través de congresos y seminarios.

En aquellos años asumí también, por responsabilidad, la propuesta del Ministerio de Educación de crear un posgrado de formación en educación no sexista, el primero en España, allá por 1991. Me pareció una iniciativa importante porque venían dos profesoras de cada provincia de España para introducir y reforzar una metodología y un pensamiento no sexista en educación secundaria. Quizás me quedaba un poco lejano, pero opté por ello; más tarde creó problemas entre algunas personas del CIHD, que no veían la necesidad o el interés en hacerlo. Fue duro, pero fue una experiencia interesante.

Creamos, además, manuales y textos no sexistas en Lengua, en Historia y en todo el ámbito de la docencia impartida en secundaria. Eso, hoy en día, se reclama como gran novedad: inventamos cada vez la rueda y es muy frustrante. Ayer escuché en una entrevista a una mujer hablando, como un descubrimiento, sobre el tema del color rosa para las niñas y del condicionamiento sexista, cuando todo eso ya lo habíamos tratado en esta programación que hicimos en los noventa. Creo que hay que mejorar partiendo de lo que ya se ha hecho, no empezar desde cero, porque debemos reconocer la genealogía. Es un problema inmenso de reconocimiento de la labor investigadora.

Dentro de esta preocupación por crear tejido académico, otra etapa sería la creación de la AEIHM. Conocía a historiadoras que estaban en la Federación Internacional y había participado en congresos, de modo que surgió la posibilidad de crear, aquí en España, una asociación. Lo hice contando con gente de diversas universidades españolas, para formar primero la comisión y luego la asociación. Da gran satisfacción ver lo potente que es hoy en día, pero cuando la iniciamos éramos muy pocas. Fue un paso importante para sentir que no estás sola y poder discutir lo que investigas con gente que te puede entender y aportar. A partir de los



Mary Nash con la antropóloga Verena Stolke disfrazadas de sufragistas en una manifestación feminista en Barcelona, c. 1975.

debates, surgió también, inicialmente en Barcelona, el tema de crear una revista. Porque había investigación y era necesario publicar, aunque en la mayoría de las revistas había cierta oposición. En *Historia Social* me llamaron para formar parte del Consejo Editorial. Allí sí había una sensibilidad que permitía la transversalidad; es decir, reconocer que tenían que llegar las aportaciones, las obras y las investigaciones no solamente a las revistas de mujeres, para conseguir así que ningún historiador negara su existencia. Ha habido estrategias diversas y una de ellas es *Arenal*, una revista excelente, con colaboradoras que siguen desde el inicio y otras renovadas. Mirando atrás, a los proyectos, grupos y seminarios que han ido saliendo, se ve que hemos conseguido mucho, aunque a veces nos parezca poco.

99

Si este esfuerzo colectivo ha dado sus frutos, ¿cómo evalúas la situación actual de la Historia de las mujeres?

El esfuerzo colectivo es lo que permite avanzar de manera más rápida. Es importante la capacidad de reinventarnos, de empezar a manejar otros instrumentos analíticos, de no estancarnos. Si miramos hacia atrás, vemos que lo primero fue contar, describir, conocer los nombres de las mujeres. Sin embargo, ahora la historia de las mujeres tiene un bagaje analítico fuerte, nutrido de las aportaciones de otras disciplinas cercanas,

que nos ha permitido no solo ver la contribución de las mujeres, sino profundizar en la revisión de nuestro conocimiento general de la historia. A mí, por ejemplo, siempre me ha interesado el tema de las representaciones y los discursos, cuestiones que tienen que ver con Foucault, la capilaridad del poder y cómo se crean sus mecanismos, sobre todo respecto a las mujeres y los imaginarios colectivos, que son mecanismos culturales. Inicialmente, estábamos inmersas en una historia más social, que sigue ahí y que se está recuperando, pero, a la vez, creo que intentar descifrar los mecanismos culturales que llevan a la discriminación y a la opresión, o las propias dificultades en la transformación hacia la igualdad, permite entender procesos que se estancan o no llegan a su término.

100

En los últimos tiempos, el tema de la construcción de las subjetividades también ha sido muy importante para entender de forma más elaborada y compleja, sobre todo en el contexto de una sociedad que crea una cultura del blanco y negro, de frases de Twitter. Para mí, que siempre me han fascinado los intersticios y los *in-between* para entender las fronteras de la interacción, todo eso se pierde. En cambio, veo que hay cierta recuperación de una visión social, marxista, cuyo énfasis me sorprende porque parece el descubrimiento de algo nuevo. Lo social y lo cultural siempre han formado parte del tipo de historia que me ha interesado.

En sus orígenes, la Historia fue una de las principales disciplinas que participó en la configuración de una crítica al androcentrismo, al sexismo y también en el proyecto de visibilización (y revalorización) de las vidas de las mujeres y de su protagonismo social e histórico. ¿Qué papel crees que sigue teniendo la Historia en el conocimiento feminista actual?

La Historia lo que hace es dar presencia a una existencia negada, dado que no había genealogía respecto a otras mujeres y su labor emprendida. Claro, si no existe, no hay referencias, por eso tomé mucho cariño en su momento a la idea de que, si no se nombra un colectivo, no existe. Nombrar e incluir es decisivo,



además, porque sin políticas de reconocimiento, como propone Nancy Fraser, se dificulta la igualdad, que es lo que hay que intentar lograr en la historiografía.

Con respecto al feminismo, creo que la Historia también ha sido clave. Por una parte, estoy pensando en *Mujeres Libres*, ese pequeño librito que marcó un antes y un después al crear un proceso de identificación con mujeres del pasado, de quienes no sabíamos nada y quienes de alguna manera son modelos a seguir. En aquel caso, el referente era la Guerra Civil, con mujeres revolucionarias a las que también identificábamos como feministas luchadoras. Así es como descubres una manera totalmente distinta de ver la historia. Por eso creo que fue crucial para el feminismo, porque no se empieza desde cero, sino que existe una legitimidad anterior, todo un proceso de lucha, una ligazón, estrategias diferentes, experiencias vividas... No venimos de la nada. Lo terrible es pensar que sí, que se inventa todo de nuevo.

Por otra parte, conocer los feminismos anteriores es primordial. Pienso en tres ejemplos que me parecen paradigmáticos. El primero es la adquisición de derechos políticos para las mujeres que ha tenido lugar desde la Transición: los políticos de la oposición franquista jamás habían pensado en ello hasta que el feminismo les emplazó a crear una cultura política en clave feminista.

El segundo ejemplo tiene que ver con el conocimiento de los límites. Una de las grandes victorias feministas durante la Transición fue que toda la experiencia

de las mujeres que se hacía desde los pequeños contextos, como era el caso de DAIA (Mujeres por el Autoconocimiento y la Anticoncepción), fue incorporado a las políticas públicas, lo que ayudó a crear los primeros centros de planificación familiar. Este reconocimiento del derecho de las mujeres sobre sus cuerpos fue un avance extraordinario viniendo del franquismo. Sin embargo, algunas de ellas no lo vieron del todo bien, porque la filosofía de empoderamiento de las mujeres sobre su propio cuerpo y la ética feminista se perdían en el momento en el que pasaban a ser políticas de salud pública. Los profesionales de la sanidad, que tienen la técnica o los conocimientos médicos, no transmiten los valores feministas, de modo que por un lado se gana, pero, por otro, también se pierde. En ese momento, lo que se plantea en el centro del debate es cómo transmitir el empoderamiento de las mujeres sobre su cuerpo.

El tercer ejemplo es el de la violencia machista. El movimiento del #MeToo actual ya estaba funcionando en los años setenta: era el «yo también soy adúltera», junto a esa idea de sororidad. Yo misma estuve en las manifestaciones sobre adulterio con mi bebé en brazos. Pero hay un factor que no estaba funcionando en los setenta, el de los nuevos sistemas de comunicación. En la actualidad existen otras plataformas, así que las condiciones son distintas. Aunque la lección parece un poco pedante («el contexto es diferente, pero hay elementos comunes»), hay que transmitirla, porque si no es como si nunca hubiera habido reacción colectiva de las mujeres frente a los abusos o la discriminación. Claro que la hubo, pero se olvida. No sé siquiera si los estudiantes actuales de Historia lo conocen. ¿Cómo lo transmitimos sin simplificarlo? Porque la complejidad no vende. ¿Cómo hacer la historia más atractiva y comprender su valor, en una sociedad que lee pocos libros? Incluso entre las jóvenes feministas, a nivel intergeneracional, la comunicación es fundamental.

¿Y los jóvenes, los chicos?

El de la cuestión de las nuevas masculinidades es un tema que da esperanzas. Hay jóvenes estudiantes que vienen a mis clases (no todos, pero

sí un núcleo muy importante) que están deconstruyendo la masculinidad y que tienen una visión feminista. Nosotras hemos hecho un esfuerzo enorme de deconstruir-reconstruir, de debatir y de abrir nuestros horizontes, pero si ellos no cambian, ¿cómo transformas los mecanismos de dominación? Es imposible. La identificación y la no tolerancia de la violencia machista son claves. Me acuerdo cuando se contaban chistes verdes y yo, al poner mala cara, era la estrecha. En este sentido, actualmente hay que reconocer y agradecer el impacto de ciertas figuras, tanto aquí como a nivel internacional, a un nivel que como historiadoras nosotras no tendremos nunca. Eso está bien, porque deviene un debate popular. Pensemos en que este año llevamos ya 36 asesinadas (es solo la punta del iceberg, porque hablamos de los casos extremos), pero, si miramos a los años setenta, el secretismo, la obligación del silencio y el «¡aguanta, mujer!» se han roto. Por eso se espera que otros niveles también se puedan romper y haya tolerancia cero en cualquier manifestación de violencia y abusos respecto a las mujeres.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, bien sea por las redes sociales o por la transmisión en las familias, todavía hay una educación muy machista. Hay cierta contradicción entre los comportamientos entre adolescentes y jóvenes basados en relaciones de control y jerarquía, por una parte, y la oferta de unos imaginarios femeninos que remiten a la autonomía, la fortaleza, etc., por otra.

Claro, el control del vestido, del ambiente, del cuerpo. Y la tecnología, totalmente diferente, tenemos que dominarla para dar las respuestas de manera impactante. Yo puedo escribir un libro, pero cada generación tiene que reaccionar desde los instrumentos a su disposición. En este sentido, las representaciones explican muchas cosas en el sistema de discriminación: si no hay contra-modelos, es difícil para las chicas y chicos jóvenes re-imaginar, teniendo en cuenta que para ellos hay menos oferta, porque siguen el modelo de masculinidad hegemónica tradicional. Yo explico, en parte, el grado de asesinatos de violencia machista por

la construcción identitaria de la masculinidad tradicional sobre la sexualidad, la virilidad y ser el *breadwinner*, el «ganador de pan». Ahora, con la precariedad laboral, todo este sistema de creación de una identidad fuerte se ha deshecho. Las mujeres han ido ascendiendo, han cuestionado la maternidad como eje central y otras muchísimas cosas a lo largo de estas décadas; pero los hombres, no. Y creo que no hemos entrado mucho en este aspecto de construcción de imaginarios (dibujos, series, cómics...), pero tiene que haber un movimiento de hombres que lo haga. Y a nivel académico, lo mismo.

En un librito de reciente aparición (*Feminism for the 99 %*. A manifesto. Verso Books, 2019), Cinzia Arruzza, Tithi Bhattacharya y Nancy Fraser aluden a la huelga del 8 de marzo de 2018 en España como un ejemplo de «dos visiones del feminismo». Tú has tratado este tema de la diversidad del feminismo en tu artículo de referencia («Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España», *Historia Social* n.º 20, 1994) y en tu colaboración en el libro coordinado por Ángela Cenarro y Régine Illion (*Feminismos. Contribuciones desde la historia*, PUZ, 2014). También tu línea de investigación (Grup de Recerca Consolidat Multiculturalisme i Gènere), que se ha visto plasmada, entre otras muchas contribuciones, en el magnífico *Mujeres en el mundo: Historia, retos y movimientos* (Alianza Editorial, 2004), nos invita a reflexionar sobre otros feminismos en el pasado y en el presente.

Un gran aprendizaje es hablar del feminismo en plural. Creo que reconocer que hay caminos diversos entre los feminismos es absolutamente decisivo. A veces, porque es más fácil tener una sola ruta, una agenda, pero nuestro mundo no funciona así, ni en el pasado ni en la actualidad. Y, quizás, volviendo a mis raíces, este fue uno de los asuntos que me hizo pensar en términos de las que se han identificado como las «otras», porque yo también me encontraba en esta situación: soy de aquí, pero no soy de aquí; hay una mirada que te interpreta y te interpela como «la otra».

A partir de aquí partió mi interés en abarcar no solo los movimientos de mujeres a nivel europeo, en el contexto más cercano, sino también a nivel más global. Me iba encontrando con mujeres que podían definirse como feministas, pero que no encajaban, lo que me llevó a hacer otras lecturas. Me parecía sumamente interesante y me hacía pensar cómo, en momentos determinados, hay ciertas coincidencias, mientras que, en otros, son muchas las diferencias. Esta era la dificultad que teníamos aquí en los noventa, pues la recepción de mi artículo en *Historia Social* sobre los feminismos históricos fue muy dura y polémica.

También mi interés por la historia de la India y el debate poscolonial, así como la ocasión de ser profesora visitante en universidades de Estados Unidos y tener contacto con historiadoras de la India, me abrieron todo un mundo. Está claro que hay muchas formas de interpelar al patriarcado y que ha habido formas muy sistemáticas de imposición de modelos anglocéntricos y eurocéntricos, desde Occidente, de entender el feminismo. Y que han sido, en términos de Foucault, manifestaciones de poder. Yo lo he vivido, por ejemplo, en un congreso en Berlín en los años noventa. Una compañera turca, con quien había coincidido en el Consejo de Europa, y yo presentamos un análisis de la situación del profesorado universitario y la educación en nuestros respectivos países fundamentado con muchas estadísticas. Sin embargo, las profesoras de los países del Norte de Europa cuestionaron nuestros datos y la fiabilidad de estos ya que mostraron una situación mejor que en sus países, que consideraban más avanzados. En mi experiencia en el CE (que fue muy interesante, porque había mujeres de Turquía, de Grecia y de los países de la ex órbita soviética), recuerdo los debates que manteníamos sobre transiciones de dictadura a democracia, las maneras tan diferentes que hay, y la imposición de cánones del Norte sobre el Sur y el Este en estos debates. Así, en 1993 celebramos en Barcelona un congreso que debatía precisamente estas transiciones, desde la perspectiva de los países mediterráneos y ex soviéticos, y que logró un diálogo más fructífero que con los países del norte de Europa.

Fue otra lección para entender el reconocimiento de la diversidad, de las posibilidades que tienen las mujeres y de cómo operan a partir de sus contextos, aunque no encajen con nuestros propios valores. En este caso ellas reclamaban la vuelta al hogar de las mujeres obligadas por el régimen soviético a un trabajo asalariado, mientras nosotras, que salíamos de las dictaduras de Franco y de Salazar, reivindicábamos lo contrario.

En cuanto a *Mujeres en el mundo*, libro que está ligado a mi propia docencia, se publicó a principios de los 2000, tras esos años noventa en los que España estaba recibiendo las grandes oleadas migratorias. Por aquel entonces, me interesaba toda la situación de las mujeres migradas y el debate en torno a la diversidad, el reconocimiento, la mirada de superioridad-alteridad, los sistemas alterizantes respecto a los colectivos de personas. En Barcelona lo tenía presente en la calle, pero quería salir del imaginario victimista. Me interesaba ir a las respuestas de las mujeres en el mundo árabe, a la validez o a la declaración que hacía Leila Ahmed de que las mujeres occidentales no renegaron de su cultura para avanzar en sus derechos. Entonces, ¿cómo podemos pedir a las otras culturas, que definimos como «otras» de entrada, que asuman una cultura que no es suya y abandonen la propia?

Para ir cerrando nuestra conversación, quiero reflexionar sobre el presente. El término patriarcado (ahora «heteropatriarcado») ha experimentado una reactivación en el movimiento feminista más reciente, que también ha impactado sobre el ámbito académico (en *Gender & History* de 2016 se publicó un dossier que invitaba a re-pensar las posibilidades del concepto patriarcado para los análisis de la Historia Moderna). ¿Qué piensas de este concepto como categoría analítica, en el ámbito de la Historia?

Es un tema que surge y resurge. Yo he tenido problemas siempre que se define el patriarcado o heteropatriarcado, porque ¿hasta qué punto lo no-hetero no es patriarcal? Parece estar liberando a los



Inmaculada Blasco y Mary Nash durante la entrevista.

no-heteros de ese sistema. También está el tema de las fuentes: cómo accedemos a lo no-hetero. A mí, como historiadora, me interesa la forma en la que se va creando y construyendo el patriarcado en contextos distintos, no como algo fijo. No lo utilizo mucho como concepto, prefiero sistemas de género, pero entiendo que al decir patriarcado la gente comprende, en el imaginario actual, de qué estás hablando. Es una simplificación, pero es genial para explicar una serie de cosas. Sin embargo, si quieres entrar en el ámbito de las complejidades, de las zonas grises y de la transformación histórica, entonces falla, en mi opinión.

103

Todo tu trabajo muestra un espíritu abierto y cuestionador, ciertamente. Me parece muy rico para construir miradas críticas-autocríticas.

Me he revisado, no ha sido fácil. He sido bastante inquieta intelectualmente, me resulta muy estimulante leer desde otras disciplinas o conocer otras maneras de interpretar la Historia. Es esto lo que me mantiene en el camino, a mí, que soy una apasionada de la Historia. Algo, por cierto, que no acabo de entender: tengo setenta y dos años y sigo tan apasionada.

